

EN EL CONVENTO

El jardinero era un pobre viejo que á fuerza de cuidados y paciencia tenía la huerta y los jardines de la Comunidad que daba gusto verlos. Crecían allí con gran lozanía las verduras; los rosales, clavellinas, lirios y otras plantas olorosas embellecían aquel pedazo de tierra, pródiga también en árboles frutales.

El bueno del hombre abrió la puerta, seguimos por un corredor que nos condujo á una espaciosa galería de techo abovedado y sostenido por gruesas columnas, estilo árabe.

Desde allí contemplamos el espacioso patio cuadrado en cuyo centro descollaba magnífico pilar de mármol, rodeado de un pequeño surtidor en cuyas cristalinas aguas paseaban majestuosamente dos cisnes blancos como el armiño.

Del jardinero, á pesar de la severa consigna que tenía de no permitir la entrada á nadie, por ser el convento de las madres «Agustinas» de clausura, pude conseguir—no sin gran trabajo—que me dejase visitarlo una sola vez; y me hizo ese inmenso favor, gracias á que yo tenía allí una prima educanda y á toda pensión, según decía él, recalando la frase. Esto era muy significativo, y al punto me apresuré á obsequiar al buen viejo con unas moneditas de plata que le volvieron loco de contento.

—Oiga usted,—me decía en voz baja.—Aprovechando las dos horas que con las colegialas invierten las madres en la capilla para cantarle á la Virgen unas oraciones muy hermosas, recorreremos alguna de las dependencias de esta santa casa, que creo han de agradar á usted.

—Con mucho gusto; ya estamos andando—le respondí.

La calma de aquel sitio, la belleza del edificio, el rumor de angélicas voces que hasta allí llegaba, acabaron por fascinarme.



SANTA TERESA

Cuadro de J. ALCÁZAR TEJEDOR.

Fot. de J. Laurent y C.ª

Con el guardián, ó con el jardinero—pues los dos cargos le estaban confiados á mi acompañante,—visitamos una espaciosa sala, destinada á colegio para las educandas. Nada faltaba allí: buenas mesas de escribir, cuadros en cuyas estampas estaba representada la historia de Jesús, magníficas pizarras, mapas y un sinnúmero de curiosidades para el estudio, como figuras geométricas, aparatos de física, pájaros disecados, colocado todo cuidadosamente encima de una mesa.

Sali admirado de aquel local. Mi guía condújome por un corredor en cuyo extremo había una puerta que se abría por medio de un resorte.

Nos encontramos de repente en una habitación oblonga con una gran ventana que miraba al huerto. Las paredes estaban blanqueadas, descolando un gran crucifijo en uno de los extremos.

Me dijo el jardinero que allí iban únicamente las colegialas castigadas para cumplir penitencia. Me disponía á salir, cuando me pareció ver algo escrito con lápiz en la pared. En efecto: con letra diminuta, pero inteligible, pude leer estos versos medidos de cualquier manera: «Ayer tuve un mal pensamiento—que puse en práctica después—por desgracia Sor Inés—lo ha sabido al momento—y aquí cumplo la penitencia—pidiendo á mi Dios clemencia.—Perdón, Señor, perdón.—Una arrepentida.»

Había otros escritos, entre ellos éste que copio por su originalidad.—*Los días de la semana.*—«El lunes lo prefiero al martes, porque nos visita el señor obispo, que es muy bueno y nos regala estampas preciosas. El martes es día fatal para mí; cuando no sé la lección, me constipo ó no puedo conciliar el sueño hasta media noche. El miércoles rezo con gran devoción, porque en ese día perdí á una persona muy querida. El jueves lo prefiero al viernes, porque les puedo contar durante la tarde algunos cuentos á mis buenas compañeras. El viernes es un día aciago en que me duelen las muelas desde que me levanto hasta que me acuesto. El sábado es para mí un día muy risueño: cantamos el rosario con acompañamiento de armonium y nos acostamos muy temprano. El domingo es para mí el mejor día de la semana, porque puedo hablar con mis papás, que vienen á visitarme, y puedo divertirme en el jardín con mis amigas del colegio.—Una pensionista.»

Abandonamos por fin aquella habitación para dirigirnos á las celdas de las madres Agustinas, las cuales hallamos cerradas, á excepción de una que quedó abierta por descuido. Mi curiosidad llevóme á su interior, pudiendo apreciar la limpieza y el esmero que se notaban en ella. La luz penetraba allí por una ventana con celosías.

El jardinero me invitó á mirar, y, al efectuarlo, pude vencerme del espectáculo poco risueño que ante mí se ofrecía. Estaba contemplando el cementerio de la Comunidad: un pedazo de tierra cercado de pared, con su gran cruz de hierro en medio, otras más toscas y casi ocultas en la hierba, sin más flores que las que dan los muertos: esas florecitas blancas y amarillas que nadie se atreve á coger y que vienen á ser el principal embellecimiento del Campo Santo... Balbuceé un *padre nuestro* á la memoria de las que en otro tiempo consagraron su vida al Señor, y guiado siempre por mi amable compañero, visité el campanario de la iglesia.

Allí estábamos cuando movióse el martillo de una de las campanas, cuya cuerda era tirada con fuerza desde abajo.

Advertíome el jardinero que aquel toque indicaba el fin de la ceremonia que en la capilla estaba celebrando la Comunidad. En vista de ello, me dispuse á salir del convento; pero al cruzar el patio para dirigirnos á la puerta de salida, abríose de improviso la de la capilla, que estaba á pocos pasos de nosotros.

No sé lo que pasó por mí al ver, entre las educandas que salían del templo, la majestuosa figura de la madre superiora.

El pobre jardinero estaba aterrado, y yo, ante aquella esclava del Señor, llena aún de atractivos; de rostro pálido, sí, pero extraordinariamente bello, me quedé absorto, sin saber qué decir.

La superiora nos dirigió la palabra con acento reposado. Su voz era de timbre tan agradable que me pareció escuchar una música extraña, pero suave...

Miró con cierta severidad al guardián. Este quiso excusarse, pero ahogóse su voz en la garganta y hubo de sacar fuerzas de flaqueza para salir en su abono, murmurando humildemente: «Este buen hombre no tiene culpa si me encuentro aquí. Yo violé la consigna, abusando de su bondad. No le hice caso, y... ahora que me veo sorprendido, arrepíntome de mi obstinación. Perdóneme usted, madre.»

La superiora repuso: «Me tranquilizan sus explicaciones; puede usted, por lo tanto, retirarse; y tú, Pablo, no vuelvas á cometer falta semejante, porque al punto quedarás despedido. Que el Señor nos libre de todo mal.»

Y desapareció ligeramente por el claustro aquella religiosa que, en lo mejor de su vida, ocultaba el talento y la hermosura entre el misterio y el murmullo de las plegarias.

De buena gana me hubiera arrodillado á sus pies para besarle la mano; pero eso hubiera sido una profanación: tuve que contentarme con abrazar al buen viejo que me había permitido apreciar el encanto y la poesía de aquella sagrada mansión.

FRANCISCO COLLADO

EL OBISPO MORGADES

Cuando se escriba la historia eclesiástica de Cataluña en el siglo XIX, brillarán en ella, con deslumbrantes fulgores, tres nombres gloriosos: Balmes, Claret y Morgades; un filósofo, un santo y un obispo. Ellos son los egregios varones que mayor influencia habrán ejercido en nuestra vida religiosa: Balmes fué el pensamiento, Claret fué la palabra, Morgades ha sido la mano ejecutora. Este es el verdadero distintivo del Prelado barcelonés que ha bajado á la tumba, y llora Cataluña toda.

Balmes vió el mal y señaló su remedio; Claret sembró la semilla del bien, por medio de su ardiente palabra, en los corazones catalanes; Mor-

gades aseguró los frutos de la semilla sembrada por el venerable Claret en la tierra preparada por Balmes, con obras de fecunda iniciativa.

¡Feliz coincidencia! para los tres fueron principal teatro de su vida la diócesis de Vich, la ciudad de Barcelona y la capital de España.

La diócesis vicense vió nacer á Balmes y á Claret y sintió antes que nadie la influencia de la diamantina pluma del primero y de la apostólica palabra del segundo; Barcelona les dió asilo y les escuchó reverente; admiróles Madrid y bebió los raudales de sus inmortales doctrinas.

Asimismo, Barcelona acogió á Morgades y le tomó bajo su protección



EXCMO. É ILMO. DR. JOSÉ MORGADES Y GILI

Fot. Audouard.

† FALLECIDO EN BARCELONA EN EL DÍA 8 DE ENERO DEL PRESENTE AÑO.

quando niño, para ponerse bajo la dirección de él cuando ya hombre. Le aplaudió en el Seminario y en la Universidad, celebró sus triunfos en la Catedral, y le tomó como ángel custodio suyo en las pestes asoladoras de los años 65 y 70. Ya puesta bajo su protección y guía, levantó Barcelona, por iniciativa del joven sacerdote, el grande Asilo de las Hermanitas de los Pobres para los ancianos desvalidos, el del Buen Consejo para las jóvenes extraviadas; el del Seminario Mayor para los sacerdotes que la edad ó las enfermedades han dejado impedidos; sin contar las innumerables obras que su fecunda iniciativa ó apoyo decidido, ha permitido llegar á plenitud de desarrollo.

En la sede ausetana su actividad asombrosa se dejó sentir en todas las obras de caridad y beneficencia que en su tiempo se emprendieron ó existían; fundó escuelas dominicales y nocturnas para obreros; colegios y diversos patronatos; restauró las iglesias y capillas que el tiempo arruinaba; derramó á manos llenas la limosna; ocupóse en las grandes cuestiones sociales de palabra en notables pastorales, y de obra con su intervención en los conflictos obreros. Atento al bien de la Iglesia; restauró la abolida diócesis celsonense; celoso de las glorias patrias, restauró con aliento poderoso el panteón insigne de nuestros primeros Condes, Santa María de Ripoll, joya del Arte, y monumento de gloria; atento á los progresos de

la ciencia eclesiástica, creó en Vich el asombroso *Museo arqueológico diocesano*, émulo de los museos de Roma.

Madrid, por fin, sintió también el influjo de Morgades, no sólo en el Senado, donde el difunto Obispo era profundamente respetado, sino también en el mismo Palacio Real donde era recibido y escuchado con grande amor y respeto.

Cuando murió Balmes, se sintió largo tiempo el vacío que dejaba en la esfera política, religiosa y social de nuestra patria: se había eclipsado el faro de las inteligencias modernas. Cuando el venerable Claret tuvo que cerrar sus labios, amordazado por la Revolución, la vida católica de nuestra tierra sufrió un colapso que sólo la Revolución misma fué poderosa á vencer. Hoy, al desaparecer de entre nosotros el Obispo Morgades, deja no sólo en la orfandad su grey amada, sino sin el apoyo de su mano y su prestigio á cuantos se dedican á la propagación de la doctrina católica en nuestra tierra. La múltiple actividad de sus energías hará sentir su falta en más dilatados espacios, y se pasarán muchos años, antes no se llenará su vacío. Los pobres han perdido un padre, los ingenios un Mecenas, la propaganda católica un propulsor infatigable, la Patria un hijo tan ilustre como amante, la Iglesia un Pastor insigne.

C. SOLER

FRANCISCO HERNÁNDEZ MONJO



ACORAZADO PELAYO

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

FRANCISCO MIRALLES



MERCADO DE FLORES EN PARÍS

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).